

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXV

PONER ORDEN EN EL CAOS

Un indicio de la actitud solícita con que entró Díaz al frente de su ejército de 30 000 hombres a la ciudad de México ya rendida, la mañana del 21 de junio de 1867, fue la procesión de enormes carretas colmadas con pan recién horneado para la población famélica, las cuales venían tras las rutilantes columnas de la república triunfante.

Al entrar en la capital de su país en un desfile de acero reluciente, el rostro del triunfador tenía una expresión de agobio por las preocupaciones, casi triste. Las responsabilidades de la paz parecían resultarle más pesadas que la agitación y los peligros de la guerra. Éste fue uno de los días supremos de su carrera militar, un día que siempre se recordará en la historia mexicana, no obstante prohibió que las multitudes regocijadas lo vitorearan a él o a su ejército, de manera que no hubiera nada que despertara pasiones partidistas y perturbara la paz y el orden perfectos de su entrada.

En vez de registrar toda la ciudad en busca de víctimas, se preocupó de que las vidas y los bienes estuvieran protegidos, que hubiera atención para los enfermos y que se distribuyeran alimentos primero

UNAM - IIH

a las mujeres, niños y ancianos. Había ordenado que no introdujeran pulque (la bebida alcohólica autóctona común) a la capital durante tres días y no se vieron hombres ebrios. No sólo patrullaban las calles con sumo cuidado, sino que piquetes de soldados mantuvieron las líneas militares del sitio; nadie podía entrar o salir de la ciudad si no llevaba una autorización escrita.

A fin de terminar en el acto con la anarquía, el general anunció que el robo o los delitos violentos serían castigados con la pena de muerte. Esta orden no hizo distinciones entre amigos o enemigos, soldados o civiles.

Los únicos prisioneros que se presentaron voluntariamente después de que Díaz ocupó la ciudad fueron el general Tavera y unos cuantos oficiales y hombres. Díaz publicó una circular en la que ordenaba a todos los funcionarios del ejército imperialista, así como a ministros, consejeros y jefes de departamento en la administración imperial, entregarse en determinadas prisiones temporales que les asignaran conforme a su clase, concediéndoles un plazo de 24 horas para que se presentaran. Muy pocos obedecieron la orden, con lo cual los destacamentos hicieron pesquisas en la ciudad. Entre los arrestados estaba el general Vidaurri, general republicano, quien en un momento decisivo de la guerra y mientras era gobernador republicano de San Luis Potosí, se convirtió en traidor, se pasó al bando de los imperialistas y atacó Monterrey, donde el presidente Juárez y su gobierno se habían refugiado.

Quando me informaron de su aprehensión —dice el presidente Díaz— mandé que a Vidaurri lo pasaran por las armas inmediatamente, sin más diligencia judicial que la identificación de su persona. Procedí así tanto porque había incurrido en las penas establecidas en mis circulares, cuanto por la parte que había tomado en la prolongación de la guerra, sosteniendo a la causa imperialista y para que su ejecución sirviera de ejemplo a los que no habían cumplido con mis órdenes.

Esta fue la única sangre imperialista que derramó Díaz. Márquez se había escapado y O'Horan —quien trató en vano de salvarse de an-

temano aceptando traicionar a Márquez y su guarnición para entregarlos a Díaz— todavía permanecía escondido, pero lo descubrieron y lo fusilaron después de que Juárez y su gobierno regresaron a la ciudad de México.

Unos días después Díaz desarmó al príncipe Khevenhüller y sus tropas austriacas, lo ayudó a llegar a Veracruz y le permitió embarcarse hacia su país. También desarmaron al capitán Schenet y sus 200 guerrilleros franceses y le permitieron abordar el mismo barco en que partiría el citado príncipe.

Los estudiosos superficiales y poco cuidadosos del México actual con frecuencia expresan su sorpresa de que la república pudiera llegar a esas alturas de prosperidad financiera y desarrollo material bajo la prolongada presidencia de un soldado combatiente, a quien la primera vez instalaron en el poder sus victoriosos soldados. Olvidan los estudios de derecho que hizo de joven; pasan por alto la originalidad e inventiva administrativas que mostró a la edad de 25 años cuando ocupaba el cargo de subprefecto en el solitario pueblo de la montaña en Ixtlán; la extraordinaria capacidad ejecutiva que le permitió conseguir ingresos y mantener el gobierno de Tehuantepec cuando quedó aislado de toda asistencia o asesoría de fuera y las excepcionales cualidades de que hizo gala después de escapar de prisión en Puebla cuando reunió, equipó y mantuvo su nuevo ejército y gobernó los muchos grandes estados que le confiaron.

Al observar a fondo los resentimientos de su pueblo y reconocer las amargas penurias que más de medio siglo de luchas armadas habían causado en la vida diaria, nunca había permitido que los gastos de la guerra recayeran en la población general tan maltratada. Otros generales sabían cómo pelear, pero no mantenían bien a sus tropas e impusieron crueles sacrificios a las ciudades pequeñas y pueblos, a menudo provocando que las víctimas se pasaran a los imperialistas, quienes no tenían que vivir en el país.

Mientras sitiaba a la ciudad de México, Díaz se las arregló para pagar puntualmente a sus soldados y también cumplir con el gasto público del vasto dominio que tenía bajo su jurisdicción. No sólo eso: a pesar de

UNAM - IIH

todas las dificultades en realidad acumuló un excelente superávit. Estos recursos no fueron resultado del saqueo aleatorio, sino que los recaudaron mediante los impuestos ordinarios del estado, el cobro sistemático de multas y la confiscación legal de bienes que eran propiedad de los ciudadanos mexicanos que habían apoyado a Maximiliano.

La reputación de Díaz como administrador eficiente era tan grande, y tan conocidos sus métodos rápidos y de trato justo, que cuando entró a la capital pudo obtener de inmediato, a través de José de Teresa, un préstamo de \$50 000 sobre su crédito personal. Un grupo de comerciantes extranjeros, principalmente ciudadanos de los Estados Unidos, le entregaron en forma voluntaria \$200 000 por medio del cónsul general de su país. Estos préstamos los reembolsó en el término de un mes e incluso antes de que Juárez regresara a la capital.

No obstante la pasión y el desorden de la época, Díaz había llevado cuenta exacta y detallada de los ingresos de su administración, incluidos todos los recursos capturados por sus tropas, desde el momento en que inició el fondo de su ejército con los \$3 000 de los que se apoderaron en Tulcingo un bandido patriota y sus seguidores. Cuando Juárez apareció en la ciudad de México, el general transfirió al ministro de Finanzas la caja fuerte de su ejército con \$87 232.19, además de los cuales entregó más de \$200 000 de sus diversos funcionarios de finanzas. Sus ahorros totales sumaron un total de \$315 000.

Esta demostración de fidelidad y previsión administrativa sorprendió más porque Díaz le entregó al gobierno general un ejército bien alimentado, bien armado y bien vestido, con todos sus pagos al corriente hasta el momento mismo del arribo de Juárez. Así pues, menos de trece años después de que el pobre y joven estudiante de derecho de Oaxaca había desafiado públicamente al tirano Santa Anna, pudo saludar al presidente de la república que regresaba, sin que su ejército o su administración tuvieran deudas y con cientos de miles de dólares en su tesorería, dando cuenta exacta de todos los asientos de ingresos o egresos.

No sólo eso, también había salvado el nombre de su país a los ojos del mundo, en un momento en que la incomprendida ejecución de

Maximiliano había horrorizado a Europa, y a un Juárez humano aunque inflexible lo acusaban de ser un salvaje sanguinario.

En carta particular fechada en San Luis Potosí —dice el presidente Díaz— el presidente me había ordenado que redujera a prisión a M. Danó, ministro del Imperio francés cerca de Maximiliano, y que pusiera a disposición del gobierno el archivo de la legación. Contesté al presidente que no me parecía prudente este procedimiento, pero que no me permitía aconsejarle que no lo llevara a cabo, sino que simplemente le suplicaba me eximiera de ejecutarlo; y que puesto que ya no había enemigo en el país, no tendría yo inconveniente en entregar el mando del ejército que estaba a mis órdenes al jefe que me indicara, para que éste cumpliera sus órdenes.

No recibiendo respuesta a mi carta, ni a un oficio en que resignaba al mando, le escribí otras varias cartas, suplicándole me diera sus órdenes para no perder la oportunidad de cumplirlas, porque el ministro francés me urgía mucho para que le diera una escolta que lo condujera a Veracruz.

Cuando recibí al señor Juárez delante de Tlalnepantla [cerca de la capital], pregunté al señor Lerdo [secretario de Estado] por qué no se habían contestado mis cartas, y me dijo que, en su concepto, había yo tenido razón en no prestarme a cumplir esa orden que pudo haber comprometido al gobierno, y di así por terminado este incidente.

El mismo día que entró a la ciudad de México con sus tropas, Díaz le había mandado a Juárez su renuncia como general en jefe del Ejército de Oriente. El presidente no hizo caso.

No queda duda alguna de que el gran zapoteco, quien había mantenido la causa de la república en sus horas oscuras con tan noble dignidad, valor y elocuencia, estuviera si no en realidad celoso, cuando menos resentido, por la extendida popularidad de su leal general. Después de todo, Juárez era humano y se sabe que Ignacio Mejía, su ministro de Guerra, quien envidiaba el ascenso de Díaz a la categoría de héroe nacional, todo el tiempo buscaba influir en el pensamiento

del presidente en contra de su otrora discípulo y siempre insobornable amigo y partidario.

Baste recordar la frecuencia y la viril indignación con que Díaz resistió todos los intentos para persuadirlo de abandonar o renegar del fugitivo e indefenso Juárez, para percatarse de su sentir cuando, en la hora de su éxito, y después que había ofrecido dejar su mando, el presidente persistió en hacer caso omiso de sus urgentes e importantes cartas oficiales.

Esta frialdad que surgió entre los dos grandes mexicanos, tan parecidos en objetivos y tan diferentes en sus métodos y capacidades —uno lleno de energía, práctico y abierto; el otro teórico, puntilloso y reservado— fue el punto de partida, no identificado en su momento, de una nueva división en la política mexicana, la génesis de los acontecimientos que a la larga cambiaron la historia mexicana.

Juárez regresó a la capital en bancarrota y con ministros, secretarios y soldados que no recibían pago. Para recibirlo, Díaz salió más allá de Tlalnepantla, y en ese pueblo, el presidente confesó que los soldados de su escolta, un regimiento, dos batallones y media batería llevaban muchos días sin paga. Los miembros de su gabinete no habían recibido su sueldo. El general entregó de inmediato los recursos necesarios para cubrir la urgente necesidad.

A pesar de la rara apatía que Juárez mostraba hacia él, Díaz hizo minuciosos preparativos para la entrada del presidente a la ciudad. Entre otras cosas, mandó hacer una gran bandera mexicana con un costo de \$240. Cuando Juárez, luego de pasar entre las tropas de Díaz, mientras en las calles resonaban los gritos de la gente y el sonido de la música, llegó a la tarima montada frente al Palacio Nacional para la ceremonia, Díaz le entregó la bandera diciendo: "Tal vez le sorprenda que no ondeen los colores nacionales en el Palacio Nacional. Recordando la promesa que le hice cuando los invasores de nuestro suelo obligaron al gobierno de la república a arriar su bandera e irse de la capital, que volveríamos a izarla en el palacio, prohibí que se izara nuestra amada bandera en ese edificio hasta que usted lo hiciera personalmente."

No muchos días después de este suceso Díaz sostuvo una larga charla con el Presidente, durante la cual le informó que tenía intenciones de retirarse del ejército y dedicarse a la actividad comercial. Juárez le rogó que no abandonara el servicio militar e insistió en que le sería difícil emprender otra carrera.

Juárez licenció a más de dos terceras partes del ejército, sin hacer el mínimo esfuerzo por brindar empleo o pensiones para los innumerables funcionarios y hombres que de improviso quedaban librados a sus propios medios. Tuvo un comportamiento poco amistoso con los antiguos seguidores y amigos de Díaz, y empezó a removerlos de sus cargos.

Lo que quedó del ejército fue dividido en varias divisiones de 4000 hombres cada una. Díaz, quien había sido el principal general de la república, fue asignado a una de estas divisiones, y sin pronunciar ninguna queja, se fue con ésta para tomar posesión de su cuartel en Tehuacán.